

AGENDA CIUDADANA

“LA MIRADA DEL OTRO”

Lorenzo Meyer

UNA NUEVA OBRA. Los registros de los observadores externos de nuestra realidad no son mejores ni peores que los nativos, simplemente son distintos como resultado de la perspectiva que dan distancia y diferencias culturales. Si ese análisis combina buena pluma con inteligencia y preparación, el resultado puede ser estupendo. El mejor ejemplo lo ofrece Alexis de Tocqueville (1805-1859); su inteligencia y sensibilidad aristocrática y europea produjeron el mejor ensayo sobre la democracia norteamericana de la primera mitad del siglo XIX. Toda proporción guardada, México también ha sido objeto de visiones externas fructíferas, desde la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632), de Bernal Díaz del Castillo, pasando por el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1807-1811), de Alexander von Humboldt hasta el *México insurgente* (1914), de John Reed o *La política del desarrollo mexicano* (1971), del finado Roger D. Hansen, por sólo citar a un heterogéneo puñado de clásicos. De las últimas miradas sistemáticas de politólogos norteamericanos sobre México son la de Daniel C. Levy y Kathleen Bruhn a quienes unió Emilio Zebadúa –que proporciona la perspectiva mexicana- y que pronto serán un libro de la Universidad de California titulado: “México: la lucha por un desarrollo democratizado” (*Mexico: The Struggle for Democratized Development*).

DEFINICIÓN. La obra se centra en el México contemporáneo, y desde una explicación del aquí y ahora busca otear el futuro inmediato, pues el de largo plazo simplemente sigue fuera del alcance de la ciencia social. En cualquier caso, los

autores parten de un supuesto que ya lo había elaborado desde hace tres decenios y medio Pablo González Casanova en *La democracia en México* (1965), pero que sigue siendo válido hoy como entonces: para lograr la verdadera modernización material del país es imperativo el establecimiento de la democracia política.

Para los autores de “lucha por un desarrollo democratizado” la definición adecuada de la naturaleza del sistema político mexicano existente hasta el 2 de julio del 2000, no es la clásica de autoritario sino una variante más generosa porque incorpora ya los resultados de las elecciones federales de 1997 que arrancaron el control del Congreso al PRI: la de “semi-democracia”. Se trataba de un sistema que, si corría con suerte, estaba ya en tránsito y podía pasar del autoritarismo clásico a la democracia que podía ser. Y cuando efectivamente la suerte sonrió a los mexicanos en la jornada del 2 de julio, fue posible poner fin pacíficamente a 71 años ininterrumpidos de control por un mismo partido político de la institución política fundamental en México: la poderosa Presidencia. México ganó así y entonces sus galones democráticos. Pero no se trató de la democracia sin adjetivos que en 1986 y a raíz del fraude electoral en Chihuahua demandó Enrique Krauze, sino de una con un adjetivo que es, a la vez, promesa y motivo de inquietud. Para ese propósito, los autores echaron mano de Mario Vargas Llosa – otro extranjero que ha mirado y juzgado a nuestro país con exactitud- y aceptaron la caracterización que el famoso escritor hispano-peruano hace de la democracia mexicana que acaba de nacer: “democracia difícil”; y lo es por los obstáculos que va a tener que sortear antes de que se pueda consolidar.

Definiciones de democracia política hay muchas, y la empleada por los autores no es original, pero si resulta clara y útil, aunque no es original, aunque no compacta o elegante. Para Levy, Bruhn y Zebadúa la democracia política es un

sistema formado por tres componentes que se entrelazan y sobreponen: a) competencia abierta entre alternativas sustantivas de políticas públicas, presentadas de manera que reflejen las preferencias ciudadanas, b) participación efectiva de esos ciudadanos en la selección de sus líderes políticos por la vía de elecciones justas, y c) un grado de libertad suficiente para garantizar de manera adecuada el respeto a los derechos ciudadanos y la integridad de la competencia y la participación.

LAS RAZONES DE LA COMPETENCIA DEMOCRÁTICA. Nadie puede refutar la afirmación de los autores en el sentido de que si bien la primera Constitución del México independiente, la de 1824, es ya un documento democrático, como también lo fueron la de 1857 y la muy reformada de 1917, en realidad la democracia es algo fundamentalmente nuevo en México pues el país no cuenta con una historia política de ejercicio efectivo de la democracia sino todo lo contrario.

A diferencia del país vecino del norte, Estados Unidos, en el caso de México los pasados prehispánico, colonial, del siglo XIX o el siglo que acaba de terminar y que transcurrió a la sombra de la Revolución de 1910, no resultaron una preparación adecuada para la democracia. En la práctica, ese amplio arco de tiempo fue una constante reafirmación de características antidemocráticas y, por tanto, México abre hoy un nuevo capítulo de su vida política, sin las instituciones y prácticas adecuadas para la democracia. Sin embargo, para llegar a ser una nación exitosa en el siglo XXI, México no tiene más alternativa que lanzarse ya al mar de la democracia y ahí mismo aprender a nadar. Sin duda la mexicana va a ser una democracia difícil.

Levy, Bruhn Zebadúa argumentan bien, que la competencia política que desembocó en los resultados del 2 de julio –el acta de defunción del antiguo

régimen- está ligada casualmente a la competencia económica del mercado que se desarrollo en los 15 años anteriores. En el decenio de 1970 la economía subdesarrollada y protegida de México ya no era viable y en 1982 se vino debajo de manera súbita y dramática. La importancia que entonces adquirió el manejo de la economía para la supervivencia del sistema político postrevolucionario –en particular el manejo de una deuda externa enorme y en crecimiento-, favoreció que los políticos tradicionales y neopopulistas fueran desplazados, a causa de su ineptitud e irresponsabilidad, por los tecnócratas y neoliberales, que a final de cuentas no salieron más aptos o responsables que sus antecesores.

A lo largo de los últimos tres lustros y sin mucha preparación o ceremonia, los tecnócratas empujaron a México fuera de sus viejas murallas nacionalistas y protectoras para insertarlo de lleno en el campo de la dura competencia de Libre del mercado mundial mediante una asociación subordinada y dependiente con Estados Unidos: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Sin embargo, ese cambio significó socavar de manera irremediable e irreversible los cimientos corporativos y nacionalistas del autoritarismo heredado. Fue el principio de su fin.

Desde esta perspectiva, la conclusión del régimen nacido de la Revolución Mexicana era ya inevitable –el libre mercado era incompatible con una economía estatista y dirigida desde la Presidencia, única manera de preservar las bases sociales corporativas del partido de Estado- pero el momento preciso de su final no estaba escrito de antemano, y lo mismo pudo ser en 1988 que en el 2006. Si bien la argumentación sostenida en “México: la lucha por un desarrollo democratizado” es clara, le da demasiada importancia al mercado al no reconocer de manera adecuada los antecedentes: los esfuerzos y sacrificios antiautoritarios de

movimientos como el del 68 y sus secuelas, que obligaron al régimen a poner en marcha la llamada “apertura democrática” de fines de 1970, y la reforma política de 1977, es decir, a introducir cambios modestos pero significativos a favor de una deslegitimación del autoritarismo y de una ampliación del pluralismo, todo ello antes del arribo de los tecnócratas a la Presidencia y de la influencia del neoliberalismo y de la globalización en la vida pública mexicana.

LAS DEBILIDADES DE LA DEMOCRACIA RECIÉN NACIDA. Para los autores de la obra que aquí se examina, las tres dimensiones fundamentales de la democracia moderna son la libertad, la rendición de cuentas por parte de los funcionarios públicos y la igualdad política. Pues bien, resulta que esos tres campos México tiene y va a seguir teniendo problemas, algunos de ellos muy serios.

En la arena de la libertad formal es donde la obra bajo examen muestra mayor y bien fundado optimismo. Los medios de comunicación han hecho grandes avances y la sociedad civil es ya una productora de organizaciones independientes. La rendición de cuentas es un tema donde, sin negar avances, el optimismo es ya mucho menor. Si bien por un lado el ciudadano, el mexicano que exige y demanda a sus autoridades está reemplazando al antiguo súbdito, el estilo de gobernar de la tecnocracia que dominó a México en los dos últimos decenios del siglo XX fue un retroceso en materia de rendición de cuentas, justamente porque la élite tecnocrática estuvo más alejada de las bases sociales que los políticos tradicionales a los que reemplazó, fue más autoritaria. El cambio que produjo la expulsión del PRI del poder y el advenimiento de un grupo político de derecha pero comprometido con, la democracia permite esperar un nuevo y mayor avance en el arte de la rendición de cuentas. No obstante, la terrible herencia de corrupción que recibe el nuevo régimen va a ser muy problemática la instauración de un

efectivo Estado de Derecho, y la legalidad es un ingrediente inseparable de la rendición de cuentas de la autoridad a los ciudadanos.

Es en el tercer punto, en el de la igualdad política, donde los autores encuentran, y con toda razón, el mayor obstáculo para el desarrollo presente y, sobre todo, futuro, de la democracia mexicana. Evidentemente, en todo sistema capitalista la supuesta igualdad política no es, en la práctica, más que un reflejo de variantes de la desigualdad económica existente. Sin embargo, como en México esa inequidad económica y social es particularmente brutal, la desigualdad política entre individuos, grupos, clases y regiones, también lo es. Y lo peor es que la política económica que transcurre dentro de los marcos del neoliberalismo no permite suponer que la desigualdad básica va a disminuir sino todo lo contrario – las cifras oficiales recién publicadas por el INEGI y que los autores ya no pudieron consultar, confirman que la tendencia a la desigualdad social se sigue ahondando-, con lo cual la recién ganada democracia mexicana va a tener que operar en un entorno muy difícil, pues las contradicciones sociales se van a agudizar sin que existan ya los equivalentes a los controles tradicionales del autoritarismo que limiten o moderen las demandas contradictorias de los grupos sociales sobre el nuevo sistema político. Los viejos diques políticos del autoritarismo están rotos y las exigencias de mejorar el nivel de vida de los grupos mayoritarios pueden convertirse en una avalancha sobre un sistema político que hoy tiene menos instrumentos para manipular las variables económicas y satisfacer a los perdedores en la competencia económica, que son la mayoría de los mexicanos.

EN CONCLUSIÓN. La estabilidad política fue la característica central del viejo régimen mexicano, del autoritarismo. El precio de esa estabilidad de más de siete decenios que tanto apreciaron las élites mexicanas y el mundo externo –en

particular Estados Unidos, pues, entre otras cosas, le dio una gran seguridad en su frontera sur durante la Guerra Fría- fue pagado por el grueso de la sociedad mexicana con falta de libertad, perpetuación de una cultura cívica antidemocrática, la institucionalización de la corrupción a todos los niveles de gobierno, el crecimiento sin posibilidad de control de organizaciones criminales ligadas al narcotráfico y, finalmente con el arraigo de una gran desigualdad social. Es con este pesado lastre sobre sus espaldas, que la sociedad mexicana deberá construir, y rápido, la nueva institucionalización democrática, hoy por hoy la única compatible con la internacionalización de la economía mexicana.

Los autores de la obra examinada están plenamente conscientes de lo difícil de la tarea que tiene frente a sí los mexicanos. Sin embargo, y al final, se muestran cautamente optimistas. Nosotros, los directamente interesados, no podemos menos que adoptar una actitud similar, pues sencillamente cualquier otra alternativa es, de tan terrible, inaceptable. Pero tenemos que ir hacia el futuro –la democracia posible- con los ojos bien abiertos, y obras como la que aquí se ha comentado contribuyen a mantenernos en estado de alerta, si no por otra razón, por la dosis de ansiedad que inyectan en el lector.